

## Avanzamos..... hacia la ingobernabilidad

# E

n una sociedad como la venezolana, en donde el Estado central y sus recursos son la pieza clave del desarrollo y de sus directrices, en donde el Gobierno y el Congreso Nacional juegan un rol institucional decisivo en el direccionamiento de ese mismo Estado, y en consecuencia sobre el país en todas sus facetas, el problema de la gobernabilidad es de primer orden. Entiendo por gobernabilidad en un régimen democrático la capacidad de las instituciones de gobierno para conducir los fines que la sociedad ha diseñado colectivamente. En el contexto venezolano, la gobernabilidad tiene un doble reto. Por una parte, las instituciones de gobierno y sus representantes deben servir de catalizadores para provocar un nuevo pacto social fundado en consensos básicos, pacto que debe servir de mandato obligante para toda la sociedad en su conjunto. Por otra parte, esas mismas instituciones de gobierno y sus representantes deben conducir a la sociedad hacia la puesta en marcha de esos acuerdos. Insistimos en que, para el caso venezolano, el gobierno del Estado central y el Congreso Nacional son los ejes fundamentales de la gobernabilidad.

Si se mantienen las actuales tendencias electorales, el próximo 6 de diciembre escogeremos un gobierno nacional que no garantizará la gobernabilidad del país. La candidatura de Irene Sáez hace gala de no tener horizontes ideológicos, ni planteamientos auténticamente políticos. A lo más, señala que muy pronto nos presentará su programa de gobierno, cuando lo que realmente se espera en esta campaña es mucho más serio que eso: lo que se requiere es señalar qué país deberíamos construir y cómo hacerlo. La candidatura de Chávez es la candidatura del desencanto profundo de tan-

ta gente entubada en la penuria de la pobreza y en la frustración del empobrecimiento, es la expresión más clara de las consecuencias de más de 10 años de retroceso institucional y desarrollo social. Chávez recoge el vacío de legitimidad del sistema político vigente, un vacío que se sustenta en la ausencia de beneficios para las mayorías y en el escepticismo de expectativas satisfactorias en el futuro. Sin embargo, tampoco presenta propuestas ni horizontes constructivos. No hay una visión y propuesta de país alternativo. No hay respuesta frente a los problemas más apremiantes. Su garra electoral es su propuesta vindicativa frente a los supuestos responsables de la situación vigente, los cuales se identifican en la élite política tradicional. Por su parte, salvando las distancias, Claudio Fermin y Enrique Salas Rómer son candidatos de puro corte electorero, de eslogan y frases hechas, que juegan a la independencia de los aparatos políticos tradicionales. Pero, al igual que sus rivales, no señalan caminos viables para construir el país.

En AD, COPEI, el MAS y Convergencia no se observa ningún movimiento para proponer alternativas electorales con horizontes ideológicos y propuestas programáticas. No observan la confección de estrategias destinadas a generar consensos sociales sobre el diagnóstico de los grandes problemas nacionales y su abordaje. Algunas señales tímidas está emitiendo Acción Democrática en este sentido bajo su propuesta de «acuerdo nacional,» pero ello no ha generado demasiadas emociones. Más bien, lo que la opinión pública percibe es que los partidos están a la caza de una solución pragmática que les permita salir airosos de la próxima contienda.

**Si se mantienen las actuales  
tendencias electorales, el próximo  
6 de diciembre escogeremos un  
gobierno nacional que no garantizará  
la gobernabilidad del país.**

---

**EL RETO DE PENSAR Y PROPONER**

Asegurar la gobernabilidad democrática del futuro inmediato supone arriesgarse a pensar y proponer. Pensar el país es una acción política. Al contrario de lo que se repite una y otra vez, pensar es la acción humana más comprometedor de quien se atreve a hacerlo. Pensamiento y acción no son dos cosas distintas. Lo propiamente humano es el pensamiento que se actúa o la acción que se piensa. Evidentemente se puede actuar sin pensar; lo experimentamos continuamente. También se puede pensar sin actuar; una experiencia también común, especialmente en estos tiempos de crisis en que la proliferación de palabras y conceptos agotan las energías y distraen de lo prioritario.

El reto es que nos atrevamos a pensar el país, sus posibles horizontes de futuro, sus grandes cuellos de botella, sus reformas estructurales de fondo, sus salidas viables y posibles. Hay que comenzar a pensar, en primer lugar, en cuanto personas que estamos ubicadas en este contexto social, desde nuestra cotidianidad y entorno. Hay que pensar desde nuestro espacios profesionales e institucionales, desde nuestras comunidades de vecinos, desde nuestras ciudades y como país. Sólo así es posible construir la república sobre la razón que piensa. Sólo así seremos republicanos y hombres políticos.

Si nos pensamos como sociedad será posible exigir a quienes se ofertan como líderes respuestas claras a planteamientos políticos razonados. Será posible también dialogar, construir y hacer consensos que buscan expresión electoral. Pero, para ello, el primer paso es revertir la tendencia a la despolitización, a reducirnos a la vida privada y familiar. Esta tendencia se

El reto es que nos atrevamos a pensar el país, sus posibles horizontes de futuro, sus grandes cuellos de botella, sus reformas estructurales de fondo, sus salidas viables y posibles. Así, será posible exigir a quienes se ofertan como líderes respuestas claras a planteamientos políticos razonados

**Si estas próximas elecciones  
siguen siendo una muestra más de  
desorden y anarquía, si no se  
puede confiar en los resultados, la  
legitimidad democrática seguirá en  
declive peligroso, y por él se nos  
puede descarriar la  
gobernabilidad.**

está haciendo cada vez más fuerte en la sociedad y muy especialmente en las nuevas generaciones. Sobre esta base se asienta el electoralismo que estamos padeciendo y al que parece reducirse la preocupación política ambiental. En una sociedad en donde no nos atrevemos a pensarnos como colectivo, a imaginarnos nuevas posibilidades de futuro, a construir conjuntamente pensamiento sobre el país, corresponden de igual manera ofertas de candidatos sin consistencia ideológica y programática, simplemente y llanamente porque no hay interlocutor.

---

**ESTAMOS A TIEMPO**

En la sociedad venezolana actual hay fuerzas sociales que están pensando el país y actuando conforme a ese pensamiento. Por una parte, está lo que pudiéramos llamar el «sector social,» conformado por organizaciones civiles, iglesias y personas que actúan a título individual, que están empeñados en construir alternativas viables a los grandes problemas nacionales en las variadas áreas de la vida social. También existen expresiones organizadas de la sociedad civil que consideran sus intereses particulares en el contexto de los intereses nacionales y se piensan como sujetos activos en la construcción de lo público. Asimismo, hay muchos profesionales que piensan desde su actuación profesional cómo contribuir a la solución de los grandes problemas.

Estas fuerzas tienen que ser capaces de convocar al país a un diálogo profundo sobre nuestras grandes problemáticas y sus posibles salidas. Sobre el futuro posible y cómo construirlo. Para ello, hay que romper con la falsa ilusión de armonía que nos impide enfrentarnos a los conflictos y atrevernos a llamar las cosas por su nombre. También hay que aprender a reconocer, dialogar y negociar, hasta llegar a consensos. Estas fuerzas tienen que tomar los medios de comunicación, crear opinión pública, convocar y provocar debate de ideas. Sólo sobre esta base puede la sociedad convertirse en interlocutora válida de las ofertas electorales que se presentan en el mercado y obligarlas a responder por el problema de cuál es el futuro hacia el que vamos a avanzar y a través de qué caminos.



---

### RUPTURA DE PARADIGMA

Si las ofertas electorales vigentes en el escenario electoral quieren asegurar la gobernabilidad del futuro inmediato, necesariamente tienen que romper con el paradigma de liderazgo mesiánico y clientelar que ha funcionado en la democracia venezolana. Como resultado del modelo rentista-populista de relaciones sociales, ha prevalecido el liderazgo mesiánico y clientelar en la cultura política venezolana. Es un liderazgo en que los líderes se entienden a sí mismos y actúan como representantes que sustituyen a sus representados, al igual que el padre o tutor de un menor de edad. Pero este líder no sólo mediatiza a quien representa, sino que se convierte en el mesías portador de esperanzas, gracias al ejercicio de su bondad en el manejo de los recursos de un Estado que posee muchas posibilidades basadas en la renta petrolera. En este modelo, la participación política es concebida exclusivamente como fuente de legitimación, de afirmación y confianza. El voto consagra al líder y el consagrado representa para cada votante la plenitud de sus aspiraciones individuales. Cuando el líder logra satisfacer las expectativas de un ciudadano, se multiplica su liderazgo, es decir, crece la confianza que se deposita en él. En el caso de que el líder no logre satisfacer las expectativas de sus demandantes, se convierte en el chivo expiatorio de las culpas políticas del sistema y se sale en búsqueda de un nuevo líder en el cual depositar la confianza.

La sociedad venezolana en los últimos años ha atravesado estos ciclos en períodos muy breves. Esta es una de las causas fundamentales de la crisis de legitimidad y gobernabilidad que estamos padeciendo. Desgraciadamente,

no hemos aprendido la lección. Las encuestas de actitudes políticas señalan que esta figura de líder político es la que sigue prevaleciendo. Se sigue esperando al mesías que cumpla nuestras expectativas, que reparta con mejor criterio los recursos del Estado, que solucione los problemas. Por su parte, los candidatos siguen generando este tipo de expectativas. Se prometen como mesías y nos ofrecen como garantía, sus dotes personales, su trayectoria política, sus buenas intenciones, su honestidad y experiencia. Simplemente solicitan apoyo y confianza. Definitivamente un círculo vicioso.

El problema es que, si no se rompe ese círculo vicioso, será más difícil lograr la gobernabilidad del futuro. En este sentido, el reto está en manos de las actuales candidaturas, especialmente de las que aspiran a convertirse en representantes del ejecutivo nacional. Para ello, es necesario, en primer lugar, hablar claro sobre los problemas y dificultades que el país tiene por delante. Segundo, que ese País que queremos supone una profunda transformación de nuestra cultura política y de las instituciones de gobierno. Tercero, que el futuro depende de la participación colectiva de la sociedad que lo aspira. ¿Será demasiado idealismo pedirle a los actuales candidatos que se conviertan en educadores de otro paradigma de participación política de la sociedad?

---

### CREDIBILIDAD ELECTORAL CONDICIÓN BÁSICA DE LA GOBERNABILIDAD

Otro aspecto derivado del escenario electoral que atenta contra la gobernabilidad inmediata es la credibilidad de las próximas elecciones. Muy probablemente, el 6 de diciembre se presentarán varias opciones con probabilidades de triunfo. Si a ello sumamos una abstención electoral de cercana al 40%, muy probablemente el candidato ganador a la Presidencia de la República obtenga su victoria con un margen electoral muy estrecho. Por lo que es imprescindible que el proceso electoral goce de credibilidad y confianza por parte de electores y elegidos. Tal como indicamos en la Vida Nacional de este número de SIC, la llamada clase política está intentando hacer cuanto esté a su alcance para mantener bajo su control el proceso electoral. Hay que recordar que los actuales avances en la reforma a la ley de sufragio son fruto de una fuerte demanda de la sociedad por despartizar los procedimientos electorales, y por garantizar la eficiencia y eficacia en la prontitud de los resultados. Obviar este resultado es pasar por alto el esfuerzo político que ha supuesto la aprobación de las reformas en materia electoral y los cambios institucionales que ellas suponen.

Al parecer, la llamada clase política no quiere colaborar en crear este clima electoral de confiabilidad y transparencia. Si estas próximas elecciones siguen siendo una muestra más de desorden y anarquía, si no se puede confiar en los resultados, la legitimidad democrática seguirá en declive peligroso, y por él se nos puede descarrilar la gobernabilidad. Esta es otra faceta del proceso electoral que la sociedad civil organizada no puede descuidar. Es preciso exigir que mantengan la reglas del juego pautado y generen movimientos sociales que custodien la transparencia y confiabilidad de las elecciones.